

SANTAS ÚRSULA Y SUS COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES

Día 21 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

Nació Santa Úrsula hacia el año 362 en la isla de la Gran Bretaña , donde reinaba á la sazón con gran esplendor y con fervor la religión cristiana en la mayor parte de sus provincias. Fue hija de Dionot, rey de Cornouaille, y de Daría, princesa en nada inferior á su marido, ni en la nobleza de la sangre, ni en el ejercicio de la virtud. Siendo los padres tan virtuosos, desde luego reconocieron por una de sus más esenciales obligaciones la cristiana educación de su hija. En ninguna niña se descubrió nunca ni entendimiento más brillante, ni natural más feliz. Siendo Úrsula de tan despejado entendimiento , necesariamente había de descubrir la vanidad de todos los bienes criados y la falsa brillantez de todas las grandezas del mundo. Este fondo de religión con que el Cielo la había prevenida desde su infancia iba perfeccionando cada día más y más las luces de su razón y los movimientos de su espíritu, desestimando ella misma aquella su rara hermosura que tanto celebraban los demás. Por esto nunca fue de su gusto el fausto ni la ostentación ni la magnificencia, que nacen, digámoslo así, con las princesas; no bien conoció á Jesucristo, cuando deseó con apasionado amor no tener nunca otro Esposo. Ni el Salvador la había prevenido con tantas y tan singulares gracias sino para formar en Úrsula una de sus más queridas esposas, siendo la tierna devoción que Él mismo le había inspirado á su divina Madre la Virgen de las vírgenes como dichosa presagio de que nunca perdería la flor de la virginidad.

Era general de las tropas del emperador Graciano, en la Gran Bretaña, el tirano Máximo, el cual se hizo proclamar emperador el año de 382; pasó el mar, y desembarcó con todo su ejército en las costas de aquella parte de las Galias que se llamaba Armórica, es decir, marítima, y se apoderó de toda ella. Uno de sus oficiales generales, llamado Conán, príncipe bretón, y cristiano de profesión, se señaló tanto en aquella expedición por su valor y por su conducta, que Máximo le hizo gobernador de la Armórica, con el título de duque, que también se le confirió. Estableció el duque su residencia en la ciudad de Nantes, y dejó en el país una gran parte de tropas, compuesta casi toda de bretones ó de ingleses, y, como no estaba casado, determinó buscar una mujer. Envió una diputación al rey de Cornouaille pidiéndole á su hija la princesa para esposa; y como casi todos los señores que le seguían, oficiales y soldados, estaban también solteros, encargó á los diputados que juntamente con la princesa trajesen también de la isla todas las doncellas que pudiesen para casarlas con ellos. Fueron recibidos del Rey con honor; y como tenía bien conocido el mérito del duque, oyó con gusto la proposición que se le hizo de su parte, y prometió darle por esposa á la princesa su hija. Eran diferentes los pensamientos de Úrsula; porque, educada en la virtud y criada en un gran concepto, amor y estimación de la virginidad, oyó con disgusto la proposición, y no dio respuesta á ella. En vano le representó lo mucho que la repugnaba aquel estado, y su deseo de no conocer otro esposo que al mismo Jesucristo; nada pudieron adelantar sus ruegos ni sus razones ni sus lágrimas. En fin, arrancóla su consentimiento la rendida sumisión que profesaba á sus padres, pero reservándose la libertad de apelar á las órdenes del mismo Dios; y animada con una viva confianza en la bondad de aquel divino Salvador, que deseaba ardientemente tener por esposo, se fue á postrar á sus pies, y le suplicó. se dignase de admitirla por esposa suya. «Bien sabéis Vos,

divino, Dueño mío (decía Úrsula en su fervorosa oración), bien sabéis Vos los más íntimos afectos de mi pobre corazón; las grandezas del mundo no le han tentado jamás, ni mucho menos le han podido deslumbrar todas sus aparentes brillanteces. Vos sólo sois el dulce objeto de sus amorosas ansias; Vos el único blanco á que se dirigen sus encendidos proyectos. Arbitro sois, Dueño sois de todos los sucesos de la vida; fácilmente podréis desbaratar todas las medidas de los hombres, por concertadas que sean. No desechéis, Señor, mis humildísimos ruegos; dignaos tomar debajo de vuestra protección á la menor de todas vuestras esclavas; dirigidlo todo á mi salvación y á vuestra gloria, según vuestra santa y divina voluntad.»

Ibanse arreglando mientras tanto los preparativos para el embarco de la princesa, y de todas partes se había juntado gran número de doncellas, las más señoras de distinción, que debían acompañar á Úrsula, yendo destinadas para esposas de los oficiales bretones. Cuando todo estuvo prevenido para el embarco, pasaron á Londres Úrsula y sus compañeras. Esperaron tiempo favorable para hacerse á la vela, y mientras tanto tenía Úrsula frecuentes conversaciones con ellas, hablándolas, por lo común, de la falsa brillantez de los bienes, honras y estimaciones de esta vida, de la insubstancialidad y apariencia de las grandezas del mundo, de su caducidad y poca subsistencia; y como eran todas cristianas, dejaba caer muchas veces la conversación sobre la dicha de aquellas felices almas que no tenían otro esposo que Jesucristo.

Era Úrsula su modelo, y sus ejemplos dejaban muy atrás á sus palabras. Púsose, en fin, el viento favorable para hacer en breve tiempo el tránsito de Inglaterra á la Menor Bretaña, y se embarcó toda aquella numerosa comitiva de santas vírgenes; pero Úrsula jamás perdía de

vista la estrella que la guiaba. Apenas perdieron de vista á Inglaterra, cuando se levantó una furiosa tormenta que llenó de terror á toda la escuadra, amenazándola con un funesto naufragio. No dudó entonces Santa Úrsula que Dios había oído sus amorosas ansias: estaban todas y todos en una silenciosa consternación, y sola Úrsula se mantenía serena, tranquila y distante de todo temor. *¡Animo, hijas mías!*, decía á sus compañeras; *¡ánimo, y nada temáis! Servimos á un Dios y tenemos un Esposo que manda á los vientos y á los mares.*

Sosegó á todas sus compañeras, y aun á todo el equipaje, la intrépida seguridad de nuestra Santa; pero enfureciéndose los vientos cada instante más y más, y cediendo, en fin, los buques á las tempestades, toda la escuadra fue arrojada hacia los mares del Norte, sobre las costas de la Galia Bélgica. Abrigóse Úrsula con su ilustre tropa en el puerto de Tiel, hacia la embocadura del Rhin, en el país que se llama hoy el ducado de Güeldres, y se asegura que desde aquí, siguiendo la corriente del mismo Rhin, navegó hasta Colonia, teatro del glorioso triunfo que el Cielo las tenía prevenido.

Noticioso el emperador Graciano del levantamiento del tirano Máximo, é informado de su desembarco en las costas de las Galias, hallándose sin suficiente número de tropas para hacerle resistencia, llamó en su socorro á los hunos, nación bárbara de la antigua Sarmacia, que, habiendo salido de los confines de su país, se había derramado por toda la Germania, ocupando á lo largo las márgenes del Rhin, y extendiéndose hasta la Galia Bélgica. Mandaba á estos bárbaros su general Ganno, que tenía entonces la campaña por el emperador Graciano contra el tirano Máximo, y luego que descubrieron navíos bretones, enemigos del Emperador, los atacaron y se apoderaron de ellos fácilmente, por el corto número de soldados que los venían escoltando. No

cabe en la expresión lo sorprendidos que quedaron al ver que toda aquella flota sólo venía cargada de doncellas cristianas, destinadas para ser esposas de los oficiales y de los soldados bretones, sus enemigos, y que era la principal de todas una princesa, futura esposa del duque de Conán, generalísimo del ejército de Máximo.

Quiso el general del ejército ver á Úrsula, cuya peregrina hermosura le habían alabado mucho, y quedó tan ciegamente prendado de ella, que no perdonó á diligencia ni á medio para rendirla, para intimidarla y para vencerla. Pero la Santa le habló con tan cristiana constancia, con tanta resolución y con tanta majestad que, cambiada en furor la brutal pasión de aquellos bárbaros, se arrojaron con espada en mano á todas aquellas vírgenes. A unas les atravesaron con el acero, á otras con las flechas, y á todas las degollaron, pasando todas á aumentar la corte del Cordero celestial, llevando en las manos la duplicada palma del martirio y de la virginidad. Sucedió este glorioso triunfo el día 21 de Octubre del año 383: celebrando desde entonces la Santa Iglesia con grande solemnidad la ilustre memoria de Santa Úrsula y sus compañeras vírgenes y mártires. Fueron sepultados sus cuerpos en el territorio de Colonia, de donde se esparcieron después sus santas reliquias por toda la Cristiandad. Con el tiempo se fundó en la Iglesia una célebre Congregación de religiosas, compuesta de doncellas y de viudas, que siguen la Regla de San Agustín, bajo el nombre y la protección de Santa Úrsula, y por eso se llaman Ursulinas; están todas sujetas á los Obispos. No es ponderable la utilidad de este instituto en beneficio del público , no sólo por los ejemplos de religiosidad, de modestia, de observancia y de todas las virtudes, que tanto edifican en todas partes á los fieles, sino por la bella educación que se da á las niñas y doncellas más adultas, instruyéndolas con tanto celo como caridad y feliz suceso según el espíritu de su

instituto, que, no habiendo degenerado un punto de su primitivo fervor, nunca ha tenido necesidad de reforma. El año de 1537 introdujo este instituto en Italia la bienaventurada Ángela de Brescia; el de 1544 le aprobó Paulo III, y el de 1572 le sujetó a la clausura y á los votos religiosos el Papa Gregorio XIII, á solicitud de San Carlos Borromeo, que siempre le tuvo muy dentro de su corazón. El año de 1611 fundó las Ursulinas en Francia Magdalena de Huilier, señora de Santa Beuva, siendo el primer convento el de París, de donde se entendieron con inmensa utilidad por todo el reino. Es verdad que, ya en el año de 1606, la madre Ana de Xantoña de Dijon, tan ilustre por su eminente virtud como por el celo con que promovió la cristiana educación de las tiernas doncellas, había fundado en Dole las Ursulinas del Franco Condado, que, sin estar sujetas á la clausura, ha más de un siglo que son el asombro y la felicidad de los pueblos que logran la dicha de tenerlas, sin que jamás hayan aflojado ni en la perfección ni en el primitivo fervor de su sagrado instituto, educando á las niñas en el más puro espíritu del Cristianismo con un celo que cada día las colma de nuevas bendiciones; edificando á tantos con su ejemplar modestia, como con aquella puntual observancia que nunca se desmintió, y ejercitándose con indecible bien en todas las obras de caridad que se proporcionan á su estado. En breve tiempo hizo maravillosos progresos esta ilustre Congregación, pues en menos de treinta años se vio propagada en Dole, en Vesoult, en Besanzon, en San Hipólito, en Arbois, en Porentruy, en Gray, en Pantalier, en Friburg de los Suizos, en Lucerna, en Cleval y Orleans.

SAN HILARIÓN, ABAD

an Hilarión, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en la Palestina, como San Antonio lo había sido en Egipto, y San Pacomio en la Tebaida, nació en Tebaste, aldea de la Palestina, por los años de

291. Eran sus padres gentiles, y siendo niño le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Alejandría. Hábiale escogido el Señor para ser uno de los más ilustres directores de la vida monástica, y así dispuso que fuese cristiano el maestro con quien encontró. Reconociendo éste en el niño Hilarión un natural feliz, un ingenio excelente y un fondo de inocencia poco ordinario entre otros niños de su edad, se aplicó con particular cuidado á cultivar aquella tierna planta; y la primera prueba que le dio de su especial inclinación fue instruirse en la verdadera religión, y hacer que recibiese el bautismo. Siendo ya cristiano Hilarión, en breve tiempo adquirió todas las virtudes de la religión que profesaba. No se hablaba á la sazón de otra cosa en todo Egipto que de la admirable vida de San Antonio; con cuya ocasión entró el niño Hilarión en vivos deseos de conocer á un hombre tan célebre por su santidad, para aprender en la escuela de tan sabio como experimentado maestro la ciencia de los santos. Con este intento salió de Alejandría y se encaminó adonde estaba el santo patriarca, que tomó con particular cuidado la enseñanza de aquel nuevo discípulo que le había enviado el Señor; anteviendo desde entonces que con el tiempo había de ser uno de los mayores ornamentos de su Iglesia.

Detúvose Hilarión una temporada en el monasterio, y desde luego fue la admiración de toda aquella santa comunidad. Ninguna cosa se escapaba á su vigilancia y á su fervor; no sólo estudiaba las piadosas industrias de San Antonio, sino que en cada ejemplo edificativo de los monjes encontraba nueva lección para su aprovechamiento. Instruido ya perfectamente en todos los secretos de la vida espiritual, manifestó al santo patriarca sus deseos de retirarse á algún desierto para pasar toda su vida en el silencio de la soledad. Aprobóselos San Antonio, dándole saludables instrucciones para la nueva vida, y le permitió seguir el

espíritu del Señor que le llamaba á mayor retiro. Despidióse Hilarión de todos aquellos santos monjes, que sintieron mucho su partida, y, vuelto á Alejandría, tuvo allí noticia de la muerte de sus padres, con la cual se halló heredero de una legítima cuantiosa; pero, no queriendo para sí otra herencia que á sólo Dios, cedió parte de sus bienes á sus hermanos, y todo lo demás lo repartió entre los pobres.

Tenía á la sazón solos quince años; despojado ya de todo por seguir á Jesucristo, se retiró á un desierto distante dos leguas y media de un pequeño pueblo llamado Mayuma, sitio espantoso pero solitario, y mucho más por lo infamado con los continuos robos y muertes que hacían en él los salteadores. Allí dio principio Hilarión á aquella perfecta vida, que continuó por espacio de sesenta y dos años con un fervor que nunca se entibió, y con tan rigurosas penitencias que asombraron al mundo.

Pero lo que más tuvo que padecer Hilarión no fue esta asombrosa austeridad de vida. Por más de sesenta años estuvo sufriendo los más violentos combates de todo el Infierno junto. Recurría Hilarión á la oración y á la penitencia; y para castigar el espíritu, que continuamente le inquietaba con impuras imaginaciones, atormentaba su cuerpo, cercenándole aun aquel escaso alimento que le concedía. Oíasele algunas veces decir á su mismo cuerpo: *Yo te haré, asnillo, que no tires coces; yo te mataré de hambre y de sed, te cargaré y te haré trabajar por el calor y por el frío; de manera que sólo pienses en comer y en descansar, y no en brincar ni en refocilarte.* Si el enemigo le fastidiaba á él, él también fatigaba al enemigo con excesivas penitencias; de manera que su cuerpo llegó á ser un esqueleto, armazón de huesos cubiertos con el pellejo.

Había ya veintidós años que día y noche estaba combatiendo Hilarión en su horroroso desierto, cuando quiso, en fin, el Señor manifestar al mundo la eminente santidad de su gran siervo por medio de los milagros. Elpidio, caballero ilustre, volvía de visitar á San Antonio con su mujer Aristenera y con sus hijos. Habiendo llegado á la Gaza cayeron tan gravemente enfermos todos sus hijos, que los médicos los desahuciaron. Afligida la desconsolada madre, los lloraba ya por muertos, cuando la dieron noticia de que habla un gran siervo de Dios en un desierto muy cercano. Pasó inmediatamente allá, y pudo tanto con sus lágrimas y con sus ruegos, que le rindió á venir á Gaza. Luego que se acercó á los enfermos hizo una breve oración á Jesucristo, y en el mismo punto quedaron perfectamente sanos los tres hijos de Elpidio. Esparcida por todo Egipto la fama de este milagro, de todas partes concurrían en tropas los enfermos de los pueblos á buscar la salud en nuestro Santo, y todos eran oídos y felizmente despachados. Acompañaba por lo común la salud del alma á la del cuerpo, y en menos de seis meses ganó para Jesucristo un prodigioso número de idólatras. No se había visto hasta entonces monasterio alguno en la Palestina, ni en la Siria algún otro solitario; de manera que Hilarión fue el primero que introdujo en aquel país este género de vida. Creciendo cada día su reputación con las maravillas que obraba, se fundaron muchos monasterios en la Palestina, los cuales todos quisieron estar debajo de su obediencia. Dióles reglas, y los gobernó con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta caridad, que se contaba el número de los santos por el número de los monjes. Llegaba éste al de tres ó cuatro mil solitarios bajo la dirección y disciplina de San Hilarión, quien cada año los visitaba á todos, á todos los hablaba y encendía á todos el fervor con sus visitas, con sus palabras y con sus ejemplos.

Haciendo una de estas visitas, y pasando al desierto

de Cadés, se halló por casualidad en Elusa, pueblo de Idumea, y todo él idólatra, puntualmente en cierto día en que toda la gente había concurrido al templo de Venus para celebrar su fiesta. No es fácil explicar el vivo dolor de nuestro Santo á vista de toda aquella pagana muchedumbre. Conocían todos á San Hilarión por los muchos energúmenos de su nación que había librado de la tiranía del demonio, y por los muchos enfermos á quienes había dado salud; por lo que, luego que tuvieron noticia de que había llegado al lugar, concurrieron todos en tropel á visitarle, juntamente con un sacerdote ó sacrificador que ya estaba coronado y revestido para ofrecer las víctimas al ídolo. Fue tal la virtud del Santo, que todos se apresuraron á solicitar el bautismo. Echóse por tierra el templo, y el ídolo fue hecho pedazos por aquellos mismos que se habían juntado para ofrecerle sacrificios; ni dejaron salir del lugar á nuestro Santo hasta que les trazó el plan de una iglesia que se fabricó en muy breve tiempo.

Mientras tanto, llamándole siempre á Hilarión su natural propensión á la soledad, gemía sin consuelo, viviendo continuamente rodeado y como sofocado de los innumerables que le venían á buscar, unos pidiendo milagros, y otros solicitando instrucciones; pero vencido, en fin, en su amor al retiro, determinó ponerlo en ejecución, y esconderse en una soledad donde viviese desconocido al resto de los hombres. Amontonáronse cerca de él más de diez mil personas, y le conjuraron con sus clamores y con sus lágrimas que no desamparase la Palestina; pero el Santo se mantuvo inmóvil en lo que tenía resuelto, protestando que no comería ni bebería mientras no le dejasen marchar. Guardábanle sin perderle de vista; pero, en fin, viendo que efectivamente no había querido probar bocado en siete días, se hallaron precisados á condescender. Partió, acompañado de una infinidad de gente, hasta Bethel; allí los despidió

á todos, quedándose sólo con algunos solitarios, en cuya compañía se fue al monasterio de San Antonio para celebrar el día de su aniversario. Desde aquí se encaminó á Afrodita, en el alto Egipto, deteniendo consigo sólo dos monjes, é hizo alto en un desierto inmediato á aquella ciudad, donde se entregó á la abstinencia, al silencio y á todos los demás rigores, con tanto fervor como si comenzara entonces la carrera. Desolaba á todo el país una sequía de tres años; y, noticiosos los moradores de la llegada del Santo, acudieron todos á él suplicándole que les alcanzase del Cielo abundante lluvia; logróla, y á esta maravilla se siguieron otras muchas. Con esto le arrojaron luego del país las honras que todos le hacían. Determinó irse á sepultar en el desierto de Oasis.

Entró Hilarión en él y estuvo oculto por espacio de un año; pero siguiéndole á todas partes su reputación, sin poderse librar de ella, determinó pasar á las islas desiertas para vivir desconocido. Cuanto más se escondía, más le buscaban de todas partes, por los portentosos milagros que hacía; tanto, que se extendió su fama hasta la Grecia, y allí supo su querido discípulo Hesyquio que su santo maestro estaba en Sicilia. Partió al punto á buscarle; y como le hallase determinado á irse á esconder en algún país de bárbaros, el mismo Hesyquio le llevó á Epidaura, en la Dalmacia. El año de 365 salió el mar de sus límites, y amenazaba sorberse toda aquella ciudad. Noticiosos los vecinos de que el extranjero era el célebre obrador de milagros, le buscaron, le cogieron y le llevaron á la ribera. Hizo el Santo tres cruces sobre la arena, y al punto se detuvo el mar. El ruido que metió este milagro fue bastante motivo para que Hilarión escapase á otra parte. Embarcóse, aportó á la isla de Chipre, y sepultóse vivo en el hueco de un horroroso peñasco; pero luego le descubrieron los energúmenos. Parecíale al Santo haber encontrado un desierto donde

no sería conocido; pero sus mismos milagros le hacían traición en todas partes. Mantúvose allí cinco años, haciendo una vida más parecida á la de los ángeles que á la de los hombres. Esparcióse, en fin, la voz de que Hilarión había pronosticado su muerte, y al punto concurrió innumerable multitud de gente de toda la isla; el Santo hizo á todos darle palabra de que habían de enterrar su cuerpo en el mismo sitio donde expirase. Llegada la hora en que el Señor quería premiar á su fiel siervo, sintió cierta especie de temor; pero, alentando entonces su fervor y su confianza, se volvió á su misma alma, y la dijo: *Sal, alma mía, sal: ¿qué temes, qué te acobarda? Casi setenta años ha que sirves á Jesucristo, y todavía temes morir!* Al decir estas palabras rindió su espíritu en el año de 371, á los ochenta de su edad. Enterraron su cuerpo en el lugar que el mismo Santo había deseado; pero diez meses después su querido discípulo Hesyquio le hurtó secretamente, y se le llevó á su antiguo monasterio de Mayuma. Muy en breve se hizo glorioso su sepulcro por los milagros. Halláronse sus hábitos tan enteros como cuando murió, y su cuerpo tan fresco y tan intacto como si estuviese vivo. Sucedió su muerte el día 22 de Octubre en que la Iglesia celebra su fiesta.

SANTA COLUMBINA, VIRGEN Y MÁRTIR

Ll real monasterio de Poblet de la Orden Cisterciense, en el Arzobispado de Tarragona, poseía (antes de los últimos deplorables sucesos que ocasionaron el saqueo y la destrucción de dicho magnífico monasterio), el sagrado cuerpo de la bienaventurada virgen y mártir Santa Columbina, virgen y compañera en el glorioso martirio de Santa Úrsula, cuya historia precede. Su fiesta no sólo la guardaban los religiosos de aquel monasterio, sino también muchos pueblos inmediatos como Montblanch, Espluga de

Francolí y Vimbodí, por voto particular que hicieron sus vecinos antiguamente, porque, habiendo acudido á esta Santa con devoción en las necesidades de seca, abrió Dios, por intercesión de ella, en diferentes ocasiones las nubes y llovió copiosamente. Hacíase conmemoración aparte en la Misa en el propio día después de la colecta de Santa Úrsula y sus compañeras. Ignoramos si las reliquias de Santa Columbina desaparecieron en la general devastación del referido monasterio, célebre y dignísimo monumento que nos legaron nuestros piadosos abuelos, ó si tal vez fueron recogidas por alguna mano piadosa de las cercanías.

La Misa es en honor de las Santas Úrsula y compañeras, y la oración la siguiente:

Suplicárnoste, Señor Dios nuestro, nos concedas la gracia de que veneremos con tierna y continua devoción los triunfos de las santas vírgenes y mártires Úrsula y sus compañeras, para que, ya que no podemos honrarlas como merecen, las tributemos á lo menos nuestros humildes obsequios. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 7 de la primera del apóstol San Pablo a los corintios.

Hermanos: En orden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? No pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? No busques esposa. Pero, si tomares mujer, no pecaste. Y si una virgen se casare, no pecó; con todo eso, éstos padecerán la tribulación de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: El tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujeres

sean como aquellos que no las tienen; y los que lloran, como aquellos que no lloran; y los que se alegran, como aquellos que no se alegran; y los que compran, como aquellos que no poseen, y los que usan des este mundo, como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros estéis sin inquietud. El que está sin mujer, tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu: en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES

En orden á las vírgenes, no tengo sobre esto precepto del Señor. No quiso el Señor imponer precepto á las doncellas de que le consagrasen su virginidad; quiere que sus esposas se entreguen á él voluntariamente por elección y por amor; pero siempre quiere esposas fieles, vigilantes y prevenidas. El descuido, la negligencia en materia de religión y en el negocio de la propia salvación, siempre es locura. No da otro nombre el Salvador al descuido de aquellas vírgenes, por otra parte irreprochables en punto de la virginidad que profesaban. Aunque eran muy loables por el deseo que todas tenían de recibir al divino Esposo, por la ansiosa solicitud con que querían á la misma media noche salir á buscar aceite para cebar las lámparas que se estaban apagando, con todo eso fueron vírgenes locas ó necias por no estar prevenidas, y por estarse durmiendo cuando debieran velar. Bella lección, pero terrible, para aquellas personas religiosas que, después de haber sacrificado á Dios su virginidad, su misma libertad y todo lo más precioso que gozaban en el mundo, esto es, después de haber hecho por Dios lo más penoso,

lo más arduo y lo mayor, se descuidan en lo más fácil, en lo menos trabajoso y en las cosillas. que las pide el mismo Dios, quebrantando sin escrúpulo la mayor parte de sus reglas, muy satisfechas porque están bien resueltas á no faltar en lo esencial, que obliga debajo de culpa grave; pero esas almas negligentes, tibias, inobservantes; esas almas que dormitan, y aun se duermen en el servicio de Dios; esas almas que, conociendo muy bien que las falta el aceite, que sus lámparas se pueden apagar, se hacen la cuenta de que tendrán tiempo para dar providencia á todo; esas almas, digo, ¿serán cuerdas, serán discretas, serán prudentes ?

El Evangelio es del cap. 13 de San Mateo.

MEDITACIÓN

De la poca sinceridad que se halla en la voluntad que tienen de salvarse los más de los cristianos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que ninguno hay que no pretenda tener voluntad de salvarse; pero i qué pocos hay en quienes sea sincera esa imaginaria voluntad! No hay pecador tan endurecido que no diga alguna vez en la vida que se quiere convertir. No hay religioso tan tibio que no le parezca quiere en algún modo arribar á la perfección. No hay cristiano tan imperfecto que alguna vez no haga ánimo de traer una vida más ajustada, porque no hay hombre tan insensato ni tan enemigo de si mismo que se quiera perder, y ninguno ignora que es quererse perder el no quererse convertir. Pero el que se contenta con decir que se quiere salvar, sin aplicar los medios para conseguirlo, á lo sumo muestra que tiene pensamiento, pero de ningún modo acredita que tenga voluntad de hacerlo. No es difícil tener horror al Infierno. Poca fe, poco entendimiento es menester para que las grandes verdades de la religión aterren y convencan,

para que efectivamente muevan. Sobre este pie se imagina convertido el que está persuadido á que es preciso convertirse; pero ¿está por eso más adelantado? Consultémoslo con nosotros mismos; muchas veces hemos resuelto trabajar seriamente en el importante negocio de nuestra salvación, ya á vista de una muerte, ya con la noticia de algún accidente funesto, ya después de una meditación, ya al salir de un sermón, ya habiendo leído algún libro eficaz, enérgico y convincente. Muchas veces hemos resuelto mudar de vida, hemos concluido que era preciso reformarnos. Pero y bien; después de una voluntad, al parecer tan descubierta y por entonces tan determinada, ¿hemos sido mejores? Un poco de buena educación y un poco de buen juicio bastan para aborrecer el vicio y hacer estimación de la virtud.

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuán ilusorias son estas buenas voluntades en orden á la salvación. No queremos condenarnos; pero no hay en el Infierno ni un solo condenado que se hubiese querido la pena eterna del infierno [todos los que están en el infierno, están allí por su propia culpa y prefieren la pena del infierno eternamente que servir a Dios] ¡ Qué diríamos de un enfermo que se contentase sólo con querer sanar! Ninguno hay, ciertamente, que no lo quiera; pero si el tal enfermo, con toda su imaginaria voluntad, no quisiese aplicar remedio alguno; si no hiciese otra diligencia que pensar en que es buena cosa tener salud, sin moverse á practicar medio alguno para recobrarla, ¿qué juicio se haría de él? Pues tales son esos hombres que se contentan con quererse salvar, pero sin aplicar medio alguno eficaz para salvarse. Los santos tuvieron voluntad de ser santos; trabajaron por serlo, y se salieron con ello; cotejemos lo que nosotros hacemos con lo que ellos hicieron para conseguirlo, y veamos después si tenemos valor para decir que nuestra voluntad es tan sincera como la suya. Comparemos sus devociones, sus

penitencias, la pureza de sus costumbres, la regularidad de su conducta con la nuestra, y hallaremos (¡Santo Dios!) ¡qué espantosa desproporción! ¡ qué horrible diferencia!

Efectos son, Señor, estas reflexiones de Vuestra infinita misericordia; no permitáis que sean inútiles para mi provecho. Resuelto estoy, mediante Vuestra divina gracia, á no medir la sinceridad de mis deseos sino por la eficacia de los medios que aplicare para ponerlos en práctica.

JACULATORIAS

Conozco, Señor, que no hay paz ni salvación sino para aquellos que tienen voluntad seria y sincera de salvarse.—*Luc*, 1.

Dadme, Señor, un corazón nuevo y verdaderamente recto en orden á mi salvación.—*Ps*. 50.

PROPÓSITOS

1. El que quisiere hacer verdadero juicio de la voluntad de salvarse, que todos imaginarán tener, no tiene más que compararla con la voluntad que tiene un enfermo de recobrar la salud, un mercader de hacer fortuna, un oficial de adelantarse, y con la que nosotros mismos tenemos algunas veces de salir con una empresa en que estamos muy empeñados. Coteja la voluntad que tienes de salvarte con todas estas voluntades, y por aquí juzgarás si es verdaderamente sincera.

2. Desde hoy has de procurar poder decir con verdad que deseas sinceramente salvarte, aplicando con eficacia los medios. ¿Tienes alguna mala costumbre que ponga á peligro tu salvación? Quítala desde este mismo día. ¿Tienes que hacer alguna restitución? No la dilates

un solo punto; comienza desde luego á pagar, si no puedes el todo, á lo menos alguna parte, con firme resolución de satisfacer cuanto antes toda la deuda. ¿Hay necesidad de alguna reforma en tus costumbres, en tus muebles, en tu conducta? No lo dilates para mañana. En fin, manos á la obra, de manera que, al fin del día, puedas decir: Yo me quiero salvar, y ésta ó aquélla es buena prueba de esto.